

cerdocio y obispado católicos; unámonos con el clero y los prelados que el Espíritu Santo ha puesto por gobernadores y Padres nuestros; unámonos, digo, con la Santa Silla católica, romana, que cual centro de luces y de poder sobrenatural nos guie y anime en nuestras santas empresas, que no pueden ser acabadas ni dignas de Jesucristo sino con la bendición de su Augusto Vicario en la tierra.

Do quiera que los fieles están unidos al sacerdocio, el sacerdocio al obispado, el obispado al pontificado supremo, allí está la verdad, el camino y la vida: allí está la regeneración, allí las verdaderas luces, allí la verdadera vivificación; allí están, en fin, la salvación de lo presente y la esperanza del porvenir: porque, hermanos míos, allí es precisamente en donde se halla, y en donde solamente se halla la Iglesia misma, la Iglesia docente, la Iglesia que obra, la Iglesia universal, la Iglesia, único camino de salvación para la humanidad caída, única senda de progreso para la humanidad levantada de la caída lastimera de su primer origen, y llamada y destinada por su divino Criador á una protección inefable en el tiempo y para la eternidad.

Véase: CELO POR LA SALVACION DE LAS ALMAS.

ARTESANOS.

Propterea misi ad cognoscendam fidem vestram: ne forte... inanis fiat labor noster.

Por esto envié á informarme de vuestra fe; temiendo que se perdiese nuestro trabajo.

(I. Thessal. III, 5.)

El trabajo y la actividad son el destino y la condición del hombre, y, además, su pena y su castigo después del pecado original. Nuestro primer padre fué colocado en el paraíso para que le cultiva-

se, y no para que permaneciese ocioso en él; después de su culpa, convirtiéndose el trabajo en castigo, castigo tanto más grave, en cuanto la tierra muchas veces no había de corresponder á sus esfuerzos sino con espinas y abrojos. No debemos darnos á la ociosidad y á la holganza, aunque nos permitan efectuarlo los sobrantes recursos de subsistencia con que contemos, si es que nos incumbe cooperar á la bella armonía de la naturaleza, donde ningún ser está ocioso, sino que todos, trabajando, producen y crecen. Tan natural es á las aves el volar, como al hombre el trabajo; el que no trabaja es en el orden de la naturaleza un miembro no solo inútil, sino aun perjudicial. Como cada uno se aprovecha, en parte, del trabajo de los demás, por esto todos tienen derecho á participar, de uno ú otro modo, del fruto del nuestro. Las leyes divinas y las humanas reprueban la ociosidad y la pereza, y Dios nos amenaza con que ha de pedirnos estrecha cuenta de los talentos, dones ó fuerzas que nos hubiese dado. El que no quiere trabajar, no merece que Dios le dé el pan de cada día. El descanso queda reservado para otra vida. El camino de la tierra es el trabajo: en el cielo será donde disfrutaremos de descanso eterno.

El Hijo de Dios, que se hizo hombre para enseñarnos lo que debemos hacer, escogió la casa de un artesano para morada, y á un artesano para padre putativo: eligió para apóstoles pobres artesanos; y se complacía en hablar á las gentes, que le seguían, por medio de símiles ó parábolas, sacadas en gran parte del trabajo. Con el trabajo, pues, puede santificarse el hombre; dando á sus ocupaciones la santidad que S. Juan Crisóstomo clasifica en santidad de orden, de moderación y de intención. Las explicaré brevemente después de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Siendo el trabajo el destino del hombre, podrá ser meritorio y santo mientras no le antepongamos á los derechos de Dios, y á nuestros deberes para con él y para con nuestros semejantes, y los hagamos servir á las disposiciones de la providencia, que nos ha sometido á la ley del trabajo. Bien sabéis, que solo tenemos un alma, y que esta debe dar cuenta á Dios de todos sus pensamientos, de sus afectos y deseos; sabéis también, que hay otra vida, en la cual seremos eternamente dichosos ó eternamente desgraciados, según las obras que hayamos hecho; por consiguiente, Dios ha de ser el fin principal de todos nuestros pensamientos, de nuestras palabras y obras. De esto naturalmente se deduce, que, sean cuales fueren nuestras ocupaciones, en todas ellas debemos consultar los principios de

la religion; éstos han de ser el faro que nos guie en el tenebroso mar de nuestros trabajos. De este modo los santificamos. Procuremos que no se opongan nuestras ocupaciones á las máximas religiosas que profesamos, á la caridad que nos prescriben, á la gloria de Dios que debemos promover, y de este modo habremos conseguido la santidad de órden.

El Espíritu Santo en los sagrados libros hace un magnífico elogio de una mujer que llama fuerte, y, entre otras cosas, dice, que es de mayor estima que todas las preciosidades traídas de los remotos confines del mundo, porque se reviste de varonil fortaleza, y echa mano á cosas fuertes: *Accingit fortitudine lumbos suos, manum suam missit ad fortia*. Prov. xxxi, 17. Al oír estas palabras, quizás alguno presume, que esa mujer es una nueva Débora, que derrota ejércitos enemigos, conquista ciudades y provincias, ó una Judit que corta la cabeza de algun Holofernes con su propia espada; nada de esto: toda su fuerza consiste en cumplir religiosamente con los deberes de una madre de familias. Cuando nosotros hemos hecho lo que la religion nos impone, debemos buscar la santidad en nuestras ocupaciones; y si al ocuparnos en ellas nos anima un espíritu verdaderamente religioso, serán bien recompensadas.

Mas, para que la multitud de trabajos á que se entrega el hombre no le desvien de su último fin, antes bien sirvan para santificarse, es preciso, que se les comunique la otra santidad, que S. Juan Crisóstomo llama de moderacion. La religion nos permite el trabajo; pero en su sabiduría nos aconseja, que no cedamos á las inspiraciones de la ambicion y del interés, sino exclusivamente á las exigencias de una necesidad justa. En las mismas ocupaciones debemos á veces pensar en Dios; y ademas debemos cada día reservarnos un poco de tiempo para hacer oracion, para ocuparnos de los intereses del alma, y pedir las gracias sin las cuales no podemos cumplir con todos nuestros deberes. No es justo, que solo nos ocupemos de lo temporal; pues aspirando á la eternidad, debemos pensar todos los dias en los bienes que en el cielo nos están preparados. La muerte nos quitará en breve todos los bienes caducos; trabajemos pues por adquirir los bienes eternos. Demos á la tierra lo que es justo; pero no olvidemos la nobleza de nuestras esperanzas y la grandeza de nuestro destino. De este modo nuestros trabajos, merced á la santidad de su moderacion, serán un medio poderoso para alcanzar la perfeccion cristiana.

Por último, es preciso que procuremos en el trabajo la santidad de intencion. Esta es, sin duda, la mas importante. Dios quiere que

trabajemos; hagámoslo pues; pero procuremos que nuestros trabajos vayan acompañados de sentimientos de obediencia, de humildad, de paciencia y de caridad. Trabajemos, sí; pero demos á conocer al mismo tiempo cuanto nos disgusta la necesidad de ocuparnos en lo temporal, privándonos de emplear todo el tiempo en lo que ha de constituir nuestra felicidad en el cielo. Hé aquí la notable diferencia que media entre el hombre de mundo y el cristiano. El uno solo piensa en los bienes del tiempo; por eso pierde un tesoro de gracias y de méritos con los que podria enriquecerse para la eternidad. La religion, los deberes, el alma, son cosas que no llaman su atencion; pero el cristiano que se deja guiar por la prudencia evangélica, tiene ideas y sentimientos mas nobles, se eleva sobre todo lo criado, se goza en fijar su pensamiento en Dios, y por amor de Dios se dedica á los trabajos propios de su estado ó profesion. De esta suerte, las ocupaciones, que ningun mérito tienen para los que con ellas no se proponen un fin santo, son para él, que las ofrece á Dios, un manantial de méritos y de gracias.

2. Siendo tan fácil santificar nuestras ocupaciones, ¿qué excusa tendrán los artesanos si carecen de la perfeccion que les exige el Señor? Dirán, que no pueden darse á la penitencia, que no tienen tiempo para dedicarse como desearian á largas oraciones, para acudir con mayor frecuencia á los templos del Señor; pero ¿acaso Dios les exige todo esto? El Señor quiere, que después de cumplir con lo que les prescribe la Iglesia, se santifiquen con sus trabajos y ocupaciones. Esto enseñaba el Bautista á los que iban á preguntarle, que debian hacer para alcanzar la felicidad eterna. Cuando el santo precursor predicaba la penitencia en las riberas del Jordan, los pueblos atraídos por la fama de su santidad iban á encontrarle; publicanos y soldados, ricos y pobres, labradores y artesanos, hombres de todas clases y condiciones le pedian, que les enseñase lo que debian hacer. Pues bien, leed las instrucciones que les daba el Bautista, y vereis que á todos les advierte, que procuren santificarse con sus propias ocupaciones, cumpliendo con los deberes que les impone la religion y el estado en que les ha colocado la divina Providencia. Esto mismo queria el Apóstol que se inculcase al pueblo, como puede verse en su epístola á Tito, en lo cual expone lo que debe enseñar á los fieles cuya direccion espiritual tenia á su cargo.

Sin embargo, son pocos los que santifican sus trabajos. Decidme sino, ¿qué se proponen en sus ocupaciones la mayor parte de los artesanos? Adquirir bienes materiales: por éstos sudan; por éstos suspiran; tras ellos van constantemente, sin acordarse de los que

tienen preparados en el cielo. ¡ Desdichados ! Si, como dicen los santos padres, todo el tiempo que el hombre no emplea por Dios, ó en servicio de Dios, es enteramente perdido; si todos nuestros trabajos, cuidados y afanes que no se dirigen á este fin, son ociosos é inútiles; cuando estos hombres únicamente solícitos de las cosas del tiempo lleguen al término de su carrera, tendrán que exclamar con Salomon: ¿ Qué saca el hombre de todo el trabajo con que se afana sobre la tierra? *¿ Quid habed homo de universo labore suo? Eccl. I, 5.*

Otros hay que solo trabajan por el pecado. Su vida es una ocupacion tan constante como criminal, una vida laboriosa y digna de eterno castigo. Las galas, las liviandades, las lecturas nocivas, los viles placeres llaman toda su atencion; y por fruto de sus trabajos, solo apetecen lo que puede satisfacer sus pasiones. Si merece castigo el que no santifica sus trabajos refiriéndolos á Dios, ¿ qué será del que solo trabaja para ofender á su Criador?

Imitad, oyentes, á los que, sin descuidar la recompensa temporal, trabajan por conseguir el premio que tienen reservado en el cielo. Leed la historia eclesiástica, y vereis cuantos han merecido por su santidad ser colocados en los altares, habiendo atendido, sin embargo, á las mismas ocupaciones que vosotros. ¿ Cómo supieron elevarse á un grado tan sublime de perfeccion? Ofreciendo á Dios sus trabajos, y cumpliendo con todos los deberes de su estado. Pues bien: lo propio podeis hacer vosotros. Todos los estados los ha ordenado Dios, y Dios quiere que cada uno en el suyo cumpla con sus respectivas obligaciones. Como cristianos estais obligados á levantar el corazon á Dios, empezando y acabando el dia por la oracion, y á referir á Dios todas vuestras ocupaciones. Haciéndolo así, todos vuestros trabajos serán recompensados con aumento de gracias en la tierra, y con aumento de gloria en el cielo. El real profeta nos dice, que los dias de los justos son dias ocupados en la presencia del Señor: *Dies pleni invenientur in eis.* PSALM. LXXII, 40. El justo, con lo poco que vive, llena la carrera de una larga vida. Así en el elogio de un santo varon se dice, que murió lleno de dias: *Mortuus est plenus dierum,* I. PARAL. XXIX, 28: pues, por corta que haya sido su existencia, la habrá ocupado en el amor de Dios, y, en su consecuencia, el cielo ha sido el objeto de todos sus afanes y desvelos. Ocupaos, pues, en vuestros trabajos, no con la mira de adquirir bienes temporales, sino con la mira de santificar vuestras almas y de agradar á Dios; con lo cual os hareis dignos de igual elogio, y alcanzareis la felicidad eterna.

Véase: ESTADO DE VIDA.

AUTORIDAD.

(SU ORIGEN Y USO.)

I.

Non est potestas nisi à Deo.

No hay poder que no provenga de Dios.

(Rom. XIII, 1.)

Estas palabras del Apóstol, amados hermanos, envuelven una gran verdad expresada en términos enérgicos; desvanecen las ridículas y exageradas pretensiones de los que gobiernan en este mundo, dejando solo á Dios la propiedad, el dominio del poder, sin dar de él al hombre mas que el ejercicio efimero cuando tiene el cargo de guiar á sus semejantes, y dirigirles en la senda de los tiempos ó de la eternidad. Es con todo muy difícil escudarse contra toda ilusion, cuando uno se ve colocado en puesto mas eminente que los demas, pues del ejercicio á la usurpacion de la autoridad hay un paso tan corto como fácil de dar. La costumbre de mandar y verse obedecido, hace dar pronto al olvido á Dios, que es principio y fuente de todo poder.

Hombres que mandais á otros hombres semejantes á vosotros, sabed, que solo sois los instrumentos de una autoridad suprema y eterna. Parte de esta autoridad os está confiada, pero á cada momento podeis perderla; y no os distingue del comun de los hombres sino por la estrecha cuenta que un dia, y tal vez presto, habreis de dar del modo con que la habeis desempeñado. Sois los representantes de Dios en la sociedad; pero no sois aquél á quien representais.

La cuestion que me propongo tratar en este momento, hermanos míos, está cual ninguna otra erizada de dificultades, y quizás afectará de muy distinto modo á los que componen este auditorio; pero ¿ será parte esta consideracion, cristianos, para ocultar la ver-